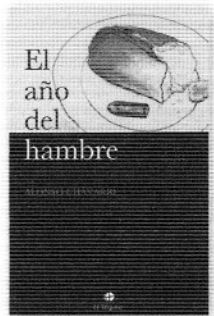


Beremunda, la prostituta, y el hermano enamorado, y el cura, y más. Se alimentan y se dan la vida, la muerte, unos a otros, preguntándose si son libres mientras el pueblo les mantiene secuestrados. Belfondo no es un pueblo de verdad: es más complejo aún. Es ese poquito de cárcel voluntaria que todos llevamos dentro, y por eso toca tan profundo esta novela sencilla, breve, en la que se encuentran ecos de Carmen Martín Gaité o de Ana María Matute.

Jenn Díaz nació hace poco y nació escritora. Es joven, es extraordinariamente normal, es absolutamente especial. Es una chica que lee, y digiere la lectura de esta manera asombrosa: entrelazando la realidad vivida, la leída y la pensada. Escribiendo novelas así, para descubrir mundos como Belfondo. Vendrán de su mano, como éste, otros mundos más. Y los leeremos.

Elena Triana Martínez



El año del hambre

Autor: Jesús Miguel

Alonso Chávarri

Editorial: El Tragaluz

Lugar y año: Logroño, 2011

Páginas: 275

BONHOMÍA FRENTE A INTOLERANCIA Y PRIVACIÓN

En la España de la inmediata posguerra, tan llena de privaciones, ¿cuál sería el año del hambre? Dejemos hablar al autor acerca de ese *año de la seca y del hambre, del racionamiento y el cupón de pan negro, año del olvido imposible de las trincheras y de las muertes* y Alonso Chávarri nos llevará de nuevo a Santa Prisca de Háchigo (es parte de la *Trilogía del Háchigo*, nos dice) en un período que va desde *un junio raquítrico y áspero* de 1941 hasta el mes de septiembre del año siguiente.

Alternando en este relato, en cuidada estructuración externa e interna, la descripción de los avatares de la localidad (capítulos impares) entre el

transcurrir pautado de los días y el quehacer de unos personajes que tratan de recuperar y rehacer sus vidas, con las vivencias y recuerdos de Nicasio Manero (especialmente los de Socorrito) en los restantes capítulos. En éstos acompañamos a este recluido como “topo” en el *alto* de la casa, desde donde apenas puede observar un retazo de su pueblo a través de la disimulada claraboya que ha hecho en el tejado y del ventanuco tapado precavidamente con una *arpillera*; pero desde allí sigue, atendiendo a los sonidos de la calle y con los cuidados de su hermana, el discurrir de Santa Prisca durante los seis años de su ocultamiento. El lector irá paulatinamente recibiendo información de lo ocurrido en el fusilamiento del puerto de la Pedraja y cómo Nicasio sobrevivió a los disparos de su propio amigo, Isaías; del mismo modo, sus vecinos van barruntando la realidad. Y recibimos esa información a retazos, como si suaves olas trajesen a la orilla, periódicamente, restos de un naufragio, del objeto que un paseante de la playa fuese recomponiendo pacientemente hasta descubrir su primitiva forma. También el lector descubrirá, junto a Nicasio, que *la lectura tiene la virtud de hacerle olvidar los pesares*: para el personaje supone una

ayuda impagable el contenido de un viejo arcón en que su tío Julián había guardado algunos libros; entre ellos *El conde de Montecristo* y, avistado más tarde, *La isla misteriosa*.

No se necesita escarbar mucho para ver en Santa Prisca el trasunto de la España rural de posguerra (cosa distinta, aunque no falten las semejanzas, sería la urbana) con todas sus penalidades, y no faltan las referencias a lo que en Europa se cocía, recurriendo incluso para ello a una sorprendente carta escrita por un exiliado español, combatiente junto a la resistencia francesa, y que, enviada desde París a un supuesto fusilado en los primeros días de la guerra, es debidamente entregada; un recurso que, habida cuenta de su escasa verosimilitud en la ficción, habremos de sospechar que es tan real como el fallido fusilamiento.

En todo ello se echa de ver lo cómodo que se encuentra el autor en este marco físico que describe; qué fácil le resulta hacernos revivir las tareas diarias y cíclicas de sus habitantes (siega y trilla, vendimia, *simienzas*...) y los sucesos que se desgranar al compás del tiempo marcado por las campanas y esquilines de la torre o que turban, alborozadamente, esas rutinas, como ocurre con el cobro de unos jabalís que han bajado

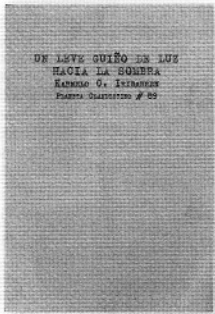
con las nieves a las huertas cercanas; o con el gozo del premio conseguido en la rifa de San Antón por el grupo de jóvenes: un cerdo, gordo y con buenas papadas, que hará las delicias, a la hora de la merienda, a lo largo de un par de meses. Asistimos (no podía ser de otro modo) a alegres viajes a las bodegas y a la *gloria* de Quintín, para oír las frases y ocurrencias, casi siempre maliciosas, de la Sini, o las canciones y jotas de los jóvenes; encontramos a los niños en sus juegos (el *hínque*, la tuta...) cuando no están en la escuela entonando las canciones patrióticas o las tablas de multiplicar.

Y lo hace a través de un lenguaje que resulta tan natural como la realidad que describe. Ya desde los nombres aplicados a unos animales que casi parecen personas: del perro *Ladrón* hasta el ratón (que resulta ser ratona) que enjaula Nicasio (¿prisionero o compañero?) y al que nombra Argimiro. Y no digamos de las caballerías, de nombres tan sonoros como *Romera*, *Rayo*, *Coronela*, *Torera*. Todos ellos encuentran correlato en la onomástica personal: la de los cargos relevantes, como *don Orencio*, el cura; *don Dimas*, el médico, o el maestro, *don Amador*. Y la de los personajes sencillos, con nombres que hoy nos parecen impensables:

Leónides, el organista; *Ananías*, el esquilador; *Columba*, la vecina algo cotilla; aquellos conocidos por apodos, heredados o no, como *Borrascas*, *Cojón*, *Matavino*; y los más amistosos, *la Sini*, *la Clari*, *Marisolfá*, *Tomasita*, con su opuesto, *Tomasón*, el herrero. Y ahí se las verá el lector con una modalidad idiomática, propia de la comarca, pero compartida en buena medida con La Rioja en general, pese a algunos localismos o comarcalismos, como los *alamillos* y el *trauquinto*; una modalidad que impregna el habla de los personajes y el estilo del narrador para acomodarlo a lo descrito, pero que no estorba la lectura ni se hace estomagante, porque no hay excesos en su uso. Claro que habrá quien necesite alguna ayuda para comprender bien qué sea eso de *celebrar la nuca*, *binar la suerte*, *forcatear la viña*, *dar pajahumo* o *picotear la femera*; y es que la vida rural tradicional, y el vocabulario que la sostiene, ha cambiado profundamente: desaparecidas las caballerías de la realidad de nuestros pueblos, apenas hay quien se acuerde de *aladros*, *terrollos*, *barrigueras*, *tirantillos*, *francaletes*, *collarones*, *orejeras*, *zarras*, *acial*; y aunque la vendimia aún siga ahí, no son tantos los riojanos que sepan de verdad qué es un *cunacho de racima*.

Pero la valía de esta novela me parece que no está en esa recuperación gozosa de palabras terruñeras, sino en ponerlas al servicio de una historia bien contada y de una visión de una época construida desde la comprensión sin resentimiento. Recordaría aquí, si no resultara petulante, eso de la intrahistoria unamunesca, de la vida profunda que, a veces, la hojarasca no nos deja contemplar y que en este caso podemos atisbar, placenteramente, gracias al buen tino literario de Jesús Miguel.

Fabián González Bachiller



Un leve guiño de luz hacia la sombra

Autor: Karmelo C. Iribarren
Editorial: 4 de agosto
Lugar y año: Logroño, 2011
Páginas: 33

PARA ESTO SIRVEN LAS COSAS

Un leve guiño de luz hacia la sombra se trata de un libro ideal para llevarlo en el bolsillo de un abrigo o perderlo dentro de algún bolso. Se titula *La poesía de las cosas (1995-2011)* y consiste en un compendio de aquellos poemas de Iribarren dedicados a las cosas, a esos protagonistas secundarios que nos acompañan en el día a día sin que nos demos cuenta de la repercusión que tienen en nosotros (“testigos silenciosos de nuestra vida”), a los espejos, los relojes, las fotografías, los periódicos abandonados en un bar o las chaquetas olvidadas sobre el respaldo de una silla cualquiera infundiéndoles un halo de misterio y cercanía que enganchan a la lectura de sus treinta y tres páginas (veintiséis poemas).

En versos cortos, de lectura rápida y reflexión lenta, de paladeo y disfrute que no empalaga por su brevedad y finales que potencian la imaginación del lector, Iribarren imprime su “voz profunda, precisa y cruda” para insuflar vida a esos extraños conocidos que nos persiguen en el día a día, poetizando sus recuerdos y haciéndolos nuestros, usando los conceptos habituales con una forma actual, más apropiada y similar a la poesía del momento.

Finalmente, incluyo un poema, que predice la

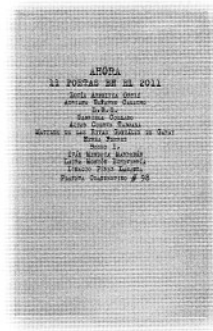
fugacidad de éstas y otras palabras, de las cosas y de nosotros mismos.

*Para esto sirve la gloria
(frente al busto de Baroja)
Para que te caguen
las palomas
encima,
y te meen los perros
debajo,*

*y tú
te tengas que quedar
ahí,
sin despegar
los labios,*

*porque ya
has dicho todo
lo que tenías
que decir.*

Nerea Ferrez



Ahora. 11 poetas en el 2011

Autor: VV.AA
Editorial: 4 de Agosto
Lugar y año: Logroño, 2011
Páginas: 66